

SIEMPREVIVAS

Ilmo. Mons. Santiago Costamagna

OBISPO TITULAR DE COLONIA

† en Bernal (Argentina) el 9 de Septiembre
de 1921.

Rmo. D. Pablo Albera

RECTOR MAYOR DE LA PIA SOCIEDAD SALESIANA

† en Turín el 29 de Octubre de 1921

CON AUTORIZACION ECLESIASTICA

IMPRENTA Y PAPELERIA SUCRE

GUAYAQUIL-ECUADOR

1922

SEATTLE, WASH.

THE SEATTLE TIMES

Published daily except on Sundays and
holidays, at the office of the
Seattle Times, 1000 First Avenue, Seattle,
Washington.

Subscription Office

Subscription Office
1000 First Avenue, Seattle, Wash.
Telephone 1000

ADVERTISING OFFICE

1000 First Avenue, Seattle, Wash.

Telephone 1000

1000

SIEMPRE VIVAS

Ilmo. Mons. Santiago Costamagna

OBISPO TITULAR DE COLONIA

† **en Bernal (Argentina) el 9 de Septiembre de 1921**

Rmo. D. Pablo Albera

RECTOR MAYOR DE LA PIA SOCIEDAD SALESIANA

† **en Turín el 29 de Octubre de 1921**

CON AUTORIZACION ECLESIASTICA

IMPRENTA Y PAPELERIA SUCRE

GUAYAQUIL—ECUADOR

1922

NOTAS DE PRESENTACION

Como una muestra, pequeñísima por cierto, de cariño a la veneranda memoria del RMO. P. PABLO ALBERA, Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana, y a la de su esclarecido compañero más bien que súbdito, el Ilmo. MONS. SANTIAGO COSTAMAGNA, Obispo Salesiano titular de Colonia, presentamos a nuestros Hermanos y amigos el ramito de flores con que los Salesianos de Guayaquil contribuyen a la grandiosa Corona fúnebre formada con delicados matices de todos los climas y latitudes.

La muerte de estos dos ilustres campeones de la Obra de D. Bosco ha sido profundamente sentida en el Ecuador, especialmente por los cooperadores y amigos de dicha Obra; con esta ocasión nuestro Superior el Ilmo. Mons. Comín, Sucesor de Mons. Costamagna en el gobierno del Vicariato de Méndez y Gualaquiza, ha recibido mensajes de pésame de muchísimas personas pertenecientes a todas las clases sociales de la República.

Las Autoridades Eclesiásticas, el Ilmo. Metropolitano y los demás señores Obispos Sufragáneos, se apresuraron a acompañarnos en nuestro duelo con sentidos telegramas o cartas que revelan grande aprecio a los modestos hijos del Venerable Juan Bosco. Cosa igual decimos de los conceptos emitidos por personajes de alta significación en la Magistratura, en el Foro, en las Letras etc. No siendo ésta una Corona Fúnebre, nos abstenemos de clasificar esos pensamientos y apreciaciones; queremos sí agradecer a todos tales manifestaciones de simpatía.

En todas partes, especialmente en las ciudades de Quito, Cuenca, Riobamba y en la villa del Sísig se han celebrado solemnes exequias, se han ofrecido numerosas comuniones y otros actos de piedad cristiana para sufragar las almas de estos dos beneméritos difuntos.

Por lo que se refiere a Guayaquil recordamos lo que EL TEMPLO DE MARÍA AUXILIADORA en los números 67 y 75 comunicó, respectivamente, de los funerales de MONS. COSTAMAGNA y del *Rmo. P. Albera*. El piadoso homenaje a la memoria del primero se efectuó en la Catedral el 27 de Septiembre con asistencia del Obispo Diocesano. A nuestro Rector mayor se le rindió igual tributo de afecto y piedad el 28 de Noviembre, en la iglesia de S. José.

En ambas ocasiones entre los asistentes se notaba una buena representación del Clero secular y regular, de los Colegios católicos, de los cooperadores y cooperadoras salesianos, y la Escolanía del Asilo Santistevan se desempeñó satisfactoriamente en la parte musical.

Dejamos, por fin, en estas notas de presentación un testimonio de la más viva gratitud al Venerable Cabildo y a los R. R. Padres Jesuitas de esta ciudad por haber puesto a disposición nuestra, respectivamente, los templos de la Catedral y de S. José para las susodichas honras fúnebres, de las cuales ofrecemos este pequeño recuerdo.

Los Salesianos de Guayaquil.

ORACION FUNEBRE

DE

MONSEÑOR SANTIAGO COSTAMAGNA

Pronunciada en las Honras Fúnebres celebradas en su sufragio en la Santa Iglesia Catedral.—Guayaquil, el 27 de Set embre de 1921.

Ilmo. y Revmo. Monseñor:

Venerables Ministros del altar:

Señores:

"Non est mortuus... sed dormit"

Un nombre, queridos hermanos, un nombre se murmura entre sollozos y lágrimas en las fúnebres ceremonias de este sacrificio incruento, un nombre querido para nosotros, querido para el Ecuador!.....El nombre de un ardiente apóstol, de un abnegado Misionero, de un celoso Obispo de la Iglesia Católica, el nombre de un entusiasta devoto de la Stma. Eucaristía y de la Virgen Santísima!.....Tu nombre, oh Monseñor Santiago Castamagna, hijo preclaro y predilecto del fundador de la Pía Sociedad Salesiana, el Venerable Don Bosco!

Y, ¿porqué repetimos hoy este nombre aquí, delante del altar de Dios, bajo la bóveda de esta santa Iglesia Catedral, en vuestra presencia, oh almas creyentes y piadosas, que habéis acudido a asistir a estos honores póstumos dedicados a la memoria de un varón ilustre, quien, precisamente en el Templo al pié de los altares templó su espíritu al más puro amor de Dios, a un intenso e insaciable amor a las almas, para buscar las cuales renunció a sus padres y a su familia, a su casa y a sus comodidades, abandonó su muy amada patria, para llevar a la práctica aquella frase, lema de la Congregación Salesiana, que con irresistible encanto oyera un día en su juvenil corazón: *Da mihi animas caetera tolle*....Dadme almas y llevaos lo demás?

Ah! nosotros lo repetimos para depositar sobre su tumba el modesto tributo de nuestro acendrado afecto; para recordar sus excelsas virtudes; para que su espíritu siga viviendo entre nosotros. *Non est mortuus, sed dormit*....No está muerto, sino descansa.....Oh Monseñor Costamagna, no, tú no has muerto a nuestro cariño; tú, descansas en la paz del Dios tres veces santo; tú duermes el sueño del justo; tu alma ya goza en estos instantes, así lo esperamos, de la fruición divina; y tu espíritu vive aun y vivirá siempre entre nosotros siguiendo tus huellas que con tus nobles ejemplos nos dejaste trazadas!

Monseñor Santiago Costamagna nació el 23 de Marzo de 1846 en Caramagna, pueblecito en la Provincia de Cúneo, perteneciente a la Diócesis de Turín, en Italia. En 1858, año de la aparición de la Virgen inmaculada en Lourdes a Bernardita Soubirous, entró el joven Costamagna al Oratorio de San Francisco de Sales, en Turín, confiado por sus piadosos padres a los cuidados del Vble. Dn. Bosco, el gran apóstol de la Juventud.

En ese piadoso Oratorio, donde aún se respiraba el ambiente de las virtudes del santo adolescente, Domingo Savio, muerto un año antes, se encontró con los que más tarde habían de ser, como él mismo, lumbreras de la Pía Sociedad Salesiana, *Miguel Magone, Rua, Cagliero, Durando, Bonetti, Francesca y Pablo Albera*, el actual Rector Mayor de todo el Instituto.

Ese venerable plantel fué el testigo de la brillantez de su ingenio, de su aprovechamiento científico, literario, de la suavidad y candor de sus costumbres y de la piedad de sus resoluciones de consagrarse al estado religioso; acabando de vestir allí mismo el hábito clerical, de manos de su Venerable Padre Don Bosco.

Poco después estuvo ya en aptitud de ejercer el profesorado en el Colegio de Lanzo, adonde se le enviara con tan honoroso fin; y hechas sus primeras armas, por decirlo así, en esos torneos de la ciencia llegaba lleno de santo júbilo a la dignidad del Presbiterado, en Turín, el 18 de Setiembre de 1868.

Desde este momento, oh señores, empieza la etapa de la vida laboriosa y apostólica del discípulo predilecto de Don Bosco, cuya sentida muerte lloramos. Desde niño hasta el Sacerdocio fué formando su corazón a la práctica de las más eminentes virtudes bajo la dirección del buen Padre; fué almacenando en su espíritu aquellas prendas raras que deberán hacer de él un apóstol infatigable y celoso, y fué con el cincel de ardua lucha corrigiendo su carácter, naturalmente impetuoso, modelándolo a la dulzura y caridad; dulzura y caridad que a pesar de su temperamento ha transfundido en sus escritos, en sus cartas, en sus mismas piezas musicales, en las que no se sabe si admirar más el valor artístico de la pieza, ó aquel sentimiento profundo y dulcemente asceta, que se nota en las composiciones de Monseñor Costamagna.

Ordenado de sacerdote ocupó en seguida puestos delicados y difíciles en su Instituto, entre ellos el de Director Espritual general del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, segunda rama del árbol salesiano.

A la manera de un experimentado jardinero en medio de un hermosísimo jardín supo con su ejemplo, con su doctrina y con su iluminada dirección hacer crecer delicadas y múltiples flores de vocación a la vida religiosa. Díganlo las muchas

Hijas de María Auxiliadora, que en el viejo y nuevo mundo lloran hoy en su bien amado Monseñor Costamagna, al que fué su Padre y su Director, al consejero de su alma, al amigo fiel que dirigiera sus pasos.

Al tratar el Venerable Don Bosco de dar un Superior a la tercera expedición de sus hijos misioneros de la República Argentina, en el año de 1877, escogió al Sacerdote Santiago Costamagna, su hijo predilecto, y el 14 de Noviembre del mismo año, se embarcaba en Génova con rumbo a Buenos Ayres. Llegado a su destino desplegó su actividad en todas las órdenes del ministerio eclesiástico, cosechando abudantísimos frutos de santificación en las almas, mediante el celo, y abnegación con que se prodigaba en bien de sus prójimos.

En 1879, exponiéndose a todo género de sacrificios, uniéndose a la expedición del General Argentino Roca, y fué el primer Sacerdote salesiano que puso el pié en la Patagonia, hoy magníficamente evangelizada por el Instituto de Don Bosco. En la evagelización de la Patagonia condividió sus apostólicos trabajos con el que es hoy Cardenal de la Santa Iglesia, Eminentísimo Sr. Cagliero.

En 1880 nombrado Inspector de los salesianos de la Argentina, dió gran impulso a su Instituto; realizó doce fundaciones de su Congregación; y visitó repetidas veces las Misiones de la Patagonia y los Colegios del Uruguay, Chile, Perú y Ecuador. A él se deben también las fundaciones salesianas de La Paz y Sucre en Bolivia; y en Buenos Ayres para contrarrestar a la mala prensa fundó y sostuvo las Lecturas Católicas, que perduran aún con gran provecho de las almas.

La palabra de orden, dada por Don Bosco a sus hijos, fué *oración y trabajo*, y bien podemos decir que Monseñor Costamagna personificó en sí mismo dicha palabra de orden: él fué eminentemente hombre de trabajo; pocos Salesianos fueron tan incansables en el campo de acción, como talvez nadie le supera en su espíritu de profunda y sólida piedad que hizo de nuestro ilustre extinto un hombre de oración.

Pero tiempo es ya que prescindamos de cien títulos más de honor y gloria que realzan en alto grado la hermosa figura de tan meritísimo Príncipe de la Iglesia, para fijarnos en él en su elevadísimo cargo de Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza en el Oriente Ecuatoriano.

Preconizado por León XIII en el Concistorio del 8 de Marzo de 1895, recibió la consagración episcopal en Turín, el 23 de Mayo de manos del Arzobispo de aquella Sede. Era la víspera de la gran Fiesta de la Patrona de la Obra Salesiana, y en tal día, como llevado por las manos de la Auxiliadora de los Cristianos, alcanzaba la plenitud del Sacerdocio para, bajo la pro-

tección de la Inspiradora de Don Bosco, dar comienzo a la tercera etapa de su vida apostólica.

El sectarismo no consintió a Monseñor Costamagna llegar a sus ovejas sino el 23 de Julio de 1902, después de siete largos años de ostracismo, durante los cuales ejerció el cargo de Vicario del Rector Mayor, Don Miguel Rua, para todas las Casas salesianas de la costa del Pacífico.

Ya era anciano cuando le fué dable penetrar en la República del Ecuador, visitar y recorrer la región oriental; ya se encontraba exausto de fuerzas; pero escrupuloso cumplidor de su deber hasta el sacrificio, encontró el admirable Prelado en las energías de su espíritu, aliento, vida y recursos para elevar la Misión Salesiana de Méndez y Gualaquiza al alto puesto en que actualmente la contemplamos.

Uno de los rasgos más heroicos y a la vez más hermosos en la vida episcopal de Monseñor Costamagna es su renuncia al Vicariato de Méndez y Gualaquiza. La elevó a la Santa Sede desde su peregrinación de mendicante, alegando sus muchos años y sus achaques; pero ofreciendo continuar hasta la muerte en la humillante ocupación de colectar limosnas en provecho de su antiguo y muy amado Vicariato, cuya Casa central se ha construido en Cuenca, gracias a los recursos colectados por este Apostol de la evangelización cristiana.

Gratitud debe el Ecuador al insigne tercer Obispo Salesiano, ya que hasta en el camino del Pan a Méndez hacia el Oriente que debió ser costeadado todo él por el Gobierno se ha vertido parte de ese dinero, fruto de las peregrinaciones del ilustre Príncipe de la Iglesia difunto!

Alma grande, alma generosa, alma ardiente de apostol de mi antiguo y bien querido Superior! dínos, si, dínos: ¿donde encontraste los medios para encumbrarte a tanta altura en los caminos del apostolado y de la santidad? ¿En que fuente bebiste aquellas aguas de vida eterna que no solamente santificaron tu alma. sino que la saturaron de tal manera que, desbordándose, las supistes comunicar con tanta maestría a cuantos te trataron, a cuantos recibieron de ti las lecciones de vida eterna, a cuantos leyeron y leen tus obras llenas de unción, a cuantos saborearon tu dulce y melodiosa música?

Si en estos momentos se irguiera tu figura, nos llevaría al Sagrario, y, mostrándonos al Prisionero de amor: Allá, allá, nos diría, está la fuente en que bebí: Jesus Sacramentado fué mi Maestro; el amor a El fué la fuerza impulsadora de toda abnegación de todo sacrificio; mi sed de almas no fué sino un débil reflejo de aquella sed que en la cruz padecía pendiente en ella para redimir al mundo.

Y luego levantando tu bienechora mano hacia la imagen de la Augusta Reina de los Cielos, hacia la Virgen de Don Bosco, hacia el Auxilio de los Cristianos, me repetirías con noble entusiasmo aquellas palabras que quisiste gravar en tu escudo episcopal: *Tota ratio srpei meae est maria*.—Toda la razón de mi esperanza es María.

Si Señores, Jesús Sacramentado y María Auxiliadora fueron las devociones características del Venerable Don Bosco, debían serlo también de su fiel y predilecto discípulo, el Obispo Costamagna.

Para convencerse de ello bastaría haber conversado con él unos pocos momentos; basta leer sus Conferencias y el Compell intrare; basta saborear su música y sus cantos inspirados al más ardiente y puro amor divino.

Bosquejada ligeramente la compleja y múltiple acción de Monseñor Costamagna, como Salesiano, Superior y Príncipe de la iglesia, cábenos confesar, Señores, que solamente en el Catolicismo, que no es sino la reproducción incesante de la vida del divino Salvador, es donde se encuentran hombres de esta talla, que llevan el olvido de sí propio tan lejos, que sin consideraciones a los achaques de la vejez, ni excusar incomodidades y molestias mil, sacrificando el reposo y la quietud que parecía reclamar el mismo episcopal decoro, acepten las fatigas de una eterna peregrinación y uno como cosmopolitismo perpetuo, a fin de beneficiar con los óbolos recogidos penosamente en extrañas y remotas naciones, a un país que no le vío nacer, pero al cual ama más que propio en fuerza del vínculo sobrenatural con que algún tiempo a él le ligara Monseñor Santiago Costamagna,

Es, pues, ante todo gloria de la Iglesia, y si la Pía Sociedad Salesiana pierde en su muerte a uno de sus más ilustre miembros, honra y prez de la Institución; si el Ecuador pierde en él un bienhechor. a un sincero y leal amigo; si las Misiones del Oriente Ecuatoriano al que fué hasta ayer su valioso sostén; la iglesia católica con la muerte de Monseñor Costamagna pierde a un insigne prelado, a un adalid de la acción social, a un incansable Príncipe que en el siglo pasado y en este ha hecho suyas las palabras del Apostol: *Omnibus omnia factus ut omnes christo lucrificiam*.....Hecho todo para todos para ganarlos a todos para Jesucristo.

Señores: depositemos sobre su tumba las lágrimas de nuestro dolor profundo.....Más no, cese ya nuestro llanto; recordemos en estos instantes las palabras que Cristo Jesús dijo un día, cuando le anunciaron la muerte de su amigo Lázaro. *amicus noster non est mortuus....sed dormit*:.....Nuestro amigo muerto no está sinó que descansa

No, no está muerto nuestro Monseñor Costamagna, sino duerme.....más aún ya despertóse de su sueño; vive ya y descansa en el seno de Dios y vivirá glorioso con los Angeles del cielo; vivirá siempre en la mente y en el corazón de cuantos le han conocido, apreciado y amado aquí en este valle de llanto y de dolor.

Y, Tu, desde el cielo sigue iluminando nuestras almas con tu luz alentadora para el bien y la virtud.

Cerca ya de Jesús y de María Auxiliadora ruega por todos nosotros a fin de que un día podamos acompañarte en la visión eterna y beatífica de Dios., participando de aquella aureola de gloria con que Dios premia a las almas justas, de los que mueren en la paz del Señor.

GUIDO ROCA.

Señores:

Al hijo que se acercó al cadáver de su padre para imprimir el último beso en las manos venerandas, para mirar por última vez ese rostro donde falta el resplandor de la vida, no le exigais que os responda: el dolor ahoga en su garganta las palabras o las convierten en gemidos que si al principio son entrecortados, poco a poco van callando sofocados por el llanto que para el hombre es el único torrente incontenible. Y los gemidos de quebranto y las lágrimas abundosas "*ploretus et ululatus multus*" de todos los miembros de la familia Salesiana os dicen que el sol de una existencia amada se ha apagado, que el Padre ha muerto y deja en su inmenso hogar los crepones de duelo como en nuestras almas las tinieblas del dolor.

Habían callado apenas los bronces del campanario los misteriosos toques con que el 2 de Noviembre suelen hacernos el recuento de nuestros finados, de los amigos y parientes idos, cuando sobresaltados despertaron con ayes de amargura y voces de alegría que salidos de Valdosco se entendieron rápidamente por el mundo entero conducidos por esa arteria del globo que es el cable. ¡Oh cruel mensaje! qué al indicarnos la pérdida tan inmensa nos repetía el apóstrofe de David a los Hijos de Israel, por la muerte de Jonatás: «Llorad a aquel que os vestía de escarlata en vuestra pompas y que os daba goyeles de oro para ataviaros» (1) Sí lloremos por la muerte del Rmo. Sr. D. Pablo Albera, Segundo Sucesor de Don Bosco en el Rectorado Suprema de la Pía Sociedad Salesiana. Se ha perdido en el sepulcro esta perla preciosísima engastada en la Corona de nuestra Congregación pero al solo pronunciar el nombre su figura moral golpea en nuestra mente y deja allí formada

(1) Reg. Cap. 1—25

la idea un santo, del varón justo según el corazón de Dios, del Sacerdote inflamado de celo apóstolico, del Padre más amoroso de medio millón de niños de todos los climas y latitudes.

¡Qué contraste entre la iniquidad y la justicia! Aquella, basada en la fuerza y el temor, se viste de pompas terrenas y ruidosamente pasa mendigando honores y alabanzas; ésta, la justicia, se apoya en el amor, busca la humildad y el olvido y despojada de toda banidad atraviesa también el sinuoso sendero de la vida, no recogiendo a veces más gloria terrena que la befa e insultos de los malvados! Con la muerte cámbianse los papeles, cae el disfraz y aparece la verdadera grandeza: la memoria del impío parece con el sonido según frase escritural (1), mas la del justo aparece aureolada con el fulgor de la eternidad; la memoria del impío es efímera o vana porque su nombre apenas queda escrito en la tierra, mientras que el nombre del justo está en el libro de la vida, en páginas inmortales y el Señor cuida que las generaciones cristianas lo repitan llenándole de gloria y bendición «cuyas memorias en bendiciones erit»

I

A pocas leguas de Turín, en el risueño pueblecito de None, los esposos Albera y Dellarque vieron alegrarse su hogar con el nacimiento de un hijo el 6 de Junio de 1845. Ese niño, al nacer también a la vida de la gracia en la fuente Bautismal, recibió el nombre del Apóstol de las gentes Pablo. Si en su cuna no brilló signo alguno extraordinario, Dios quiso que fuera mecido por una piadosa madre al ritmo de cristianas melodías; y si no encontró riquezas ni comodidades excesivas halló en sus padres un caudal de virtud y amor que valen más que todos los tesoros del mundo.

El niño Albera dotado de natural vivacidad debió aprender ávidamente las lecciones de piedad que en un hogar cristiano han ser las primeras por que son la mejor savia que conviene a una planta caída del cielo: la mejor cátedra para esto es el regazo de la madre.

En aquel ambiente de cariños y desvelos dió acertadamente los primeros pasos de la vida conservando en su alma el tesoro de la inocencia; pero el crecer en edad y sabiduría necesitó muy pronto guías expertos que pudieran continuar la obra de educación tan cuidadosamente atendida por sus padres. Estos confiaban que Dios no les abandonaría y una circunstancia inesperada despejó el horizonte de dudas y temores.

El cazador de almas que fue el Venerable D. Bosco, a-

(1) Salmo IX 7 y C. XI 7

bandonaba amenudo el emjambre de niños de su primer Oratorio para ir por las ciudades y pueblos, dictando ejercicios, dando conferencias, administrando los sacramentos. De esas escursiones apostólicas volvía con auxilios para su obra y con tres o cuatro alumnos más. Como el mejor tesoro y la adquisición más provechosa buscaba también jovencitos en quienes su finísimo discernimiento descubría las raras dotes de bondad, ingenio y vocación eclesiástica.

Apenas, pues, el Teólogo Abrate, párroco de None, le presentó al niño Pablo Albera, D. Bosco conoció que podía ser suyo, robóle el corazón y le aceptó como su alumno.

Egredere de cognatione tua.....(1) 6 Sal de tu tierra y de la familia y ven a la tierra que te mostraré dijo el Señor a Abrahan, padre de los justos, y al niño Albera le mostró el Oratorio donde entró a los 13 años de edad, el 8 de Octubre de 1858.

Al atravesar el umbral de su nueva morada le impresionaron suavemente las palabras de D. Bosco al darle la bienvenida.

“Entra, hijo mío, yo te daré pan, trabajo y paraíso” Sí; el nuevo alumno estaba predestinado para ser miembro conspicuo de la naciente Congregación Salesiana, trabajará mucho en ella y ganará el Paraíso para sí y millares de almas.

Siendo muy inteligente y piadoso; de corazón dócil y carácter jovial, bien pronto se distinguió entre seis compañeros ganándose de éstos y de sus superiores la estimación absoluta. Duraban aún los tiempos heroicos de la obra de D. Bosco y en su derredor brillaba con creciente esplendor una aureola de grandeza en medio de su humildad, de santidad, en medio de su prodigiosa actividad, de caridad sublime, en medio de su pobreza. Todo el mundo hablaba del sacerdote de Valdoco y se decían de él cosas tan maravillosas que en muchos se despertaba el deseo de conocerle y de tratarle. No es de maravillarse, pues, que el pintor Bellicio, impresionado por el encanto y verdadera poesía moral de la vida del Oratorio, haya querido trasladar al lienzo una escena conmovedora: pintó al vivo esa porfía santa, ese entucíasmo sincero y candoroso de los clérigos y alumnos para confesarse con el Venerable.

Pues bien, parece que al artista le llamó la atención especialmente un niño; lo presenta con una luz especial en el rostro, un continente tan recatado, un aire de devoción tan natural, que diríase es un ángel el que espera su turno arrodillado cerca del sacerdote Reconoscámole; aquel jovencito es Pablo Albera, el que ha de ser mas tarde Dierctor especial de la Pía Sociedad Saleciana.

(1) Génesis XII—1

II

En el Oratorio cumplió rápidamente los estudios de Humanidades y unidos a D. Bosco con una fuerza irresistible de atracción como la que sentían los niños al ver al Divino Maestro, decidió en tregar su vida al amado Padre. *Oquam pulchra et casta est generatio cum claritate!* Qué bella es esta generación pura de la caridad de D. Bosco que insensiblemente llega a los corazones de sus primeros discípulos y los hace hijos suyos! El jóven estudiante, con su conducta siempre ejemplar, mereció la belleza y fecundidad de una vocación religiosa y sacerdotal, gracia muy señalada con la que Dios previene a ciertas almas puras y en las que el cielo por su gloria encuentra energía y entusiasmo capaz de inflamar al mundo. El primer día del mes consagrado a María parece que esta buena Madre quiso escuchar las súplicas fervientes del hijo.

El 19 de Mayo de 1860, precedido por D. Bosco, se reunió el Capítulo de la Pía Sociedad de S. Francisco de Sales para deliberar sobre la petición de algunos jóvenes alumnos que deseaban incorporarse a la misma. Entre los admitidos casi por unanimidad está Pablo Albera.

Refiriendose a ellos escribe el P. Lemoyne (1): "Por su inteligencia, piedad y conducta estaban considerados entre los primeros del Oratorio. D. Bosco los había formado a su imagen y semejanza, por el candor, la actividad y decisión de propósitos".

¿Habéis oído, Señores? ¿puede darse mejor testimonio de su vida colegial? Aparece como el modelo de estudiantes, sobre todo por su piedad y conducta intachable que son condiciones indispensables para que la mente pueda espaciarse sin dificultad por las regiones más encumbradas de la ciencia. *Initium Sapientiae est timor Domini.* El principio de la verdadera sabiduría es el temor de Dios.

El 8 de Diciembre del mismo año (1860), bajo la dirección de D. Bosco, principia el noviciado, o mejor dicho lo continúa; pues los años anteriores pasados en el Oratorio son de una rápida ascensión en la vida espiritual, de una preparación no interrumpida para la vida religiosa. Al año siguiente, el 27 de Octubre de 1861, con vivísimas muestras de alegría recibe la sotana en su pueblo natal de manos del Teólogo Abrate que desde este momento trabaja más tenazmente, para que su feligrés abandone a D. Bosco; pero no lo conseguirá.

Clérigo ya y profeso en 1862 en la naciente Congregación Salesiana, entró de lleno en un ambiente de actividad que será la característica de toda su vida: asiste a la Universidad de Turín para

(1) Memorie Biografiche del servo di Dio D. Giovanni Bosco Volumen VI, pag 512.

las ciencias humanas, frecuenta algunas materias en el Seminario y da clase regular en el Colegio Salesiano de S. Carlos en Mirabello.

En este período de su vida lo que más le anima es el amor de D. Bosco que, como para atraerle más y más a sí, le colma de cuidados y le hace depositario de sus secretos con preferencia a otro. En efecto, D. Albera fue el primero a quien el Venerable manifestó confidencialmente el proyecto de levantar el Santuario de M^a Auxiliadora para el cual medio siglo más tarde obtendrá de la S. Sede el título de Basílica (1) Para no citar más circunstancias, D. Albera es el único que nos refiere un *sueño* de los que solía contar D. Bosco para guiar a sus hijos y que eran a manera de parábolas y las más veces visiones extraordinarias que se han ido realizando poco a poco.

Aún cuando temo cansaros, creo historiar su vida refiriéndolo con sus mismas palabras. Oigámosle: "El buen Padre estaba rodeado de jóvenes y sacerdotes cuando mostrando un altísimo y escarpado monte que por ahí se levantaba propuso la subida: todos aceptamos. En la cima se divisaban claramente muchas mesas, preparadas para el convite con magníficos manjares, entre músicas y fiestas.

Subían poco a poco la fatigosa pendiente superando muchos obstáculos; pero, exhaustos de fuerzas se sentaron para descansar.

Después de un momento levantóse D. Bosco y animándoles a continuar se puso en camino con paso apresurado; mas cuando volvió la vista, con grande sorpresa halló que todos sus compañeros y secuaces habían regresado--y él estaba solo.

Bajó otra vez del monte y buscó nuevos compañeros; los encontró, se puso a la cabeza de ellos, subieron un poco por aquellas escarpadas laderas y nuevamente todos desaparecieron.

--Entonces, continuó D. Boso, pensé para mis adentros, Yo debo llegar hasta la cima, pero nó solo sino acompañado de muchos.... Tal vez los primeros fueron secuaces un poco tímidos, virtuosos si se quiere y de buena voluntad, pero no probados y de un espíritu poco acostumbrados a superar los senderos arduos, no unidos entre ellos y conmigo con vínculo especiales.... Por esto me abandonaron.... yo no puedo contar sino con aquellos que habré formado yo mismo.... Volveré, pues, a las faldas del monte, recogeré muchos alumnos, me haré amar por ellos, les prepararé para sostener pruebas y sufrimientos me obedeceran de buena gana y saldremos juntos al monte del Señor(2). Hasta aquí el *sueño* de D. Bosco que en el ánimo de D. Albera produjo hondas impresiones de entusiasmo y decisión para seguir, siempre y a despecho de las oposiciones

(1) Memorie Biografiche....

(2) Obra citada Vol. pag. 337.

que encontraba, a un caudillo tan preclaro. Y el aventajado discípulo correspondía plenamente a los deseos del Maestro, mientras se acercaba al monte del señor, a pasos agigantados, sin detenerse porque la voz de la marcha venia de Dios y entonces no está permitido el descanso sino en lo infinito.

El gran S. Bernardo dice que "hay hombres que desean el saber sólo por saber, y esto es una indigna curiosidad. Otros quieren llegar a la ciencia para venderla por dinero o por honores, y esto es un tráfico vergonzoso. Hay quienes aspiran a ser sabios solo por conquistarse un nombre, y esto es una ridícula vanidad. Algunos se esfuerzan en instruirse para llegar a ser mejores, y esto es prudencia. Otros en fin, trabajan en adquirir la ciencia para hacer el bien, y esto es sublime caridad"(1).

Entre estos últimos hay que poner a D. Pablo Albera. Buscó la ciencia como el avaro busca el tesoro, mas no para encerrarla en arcas sino para derramarla a manos llenas en las aulas primero, después en el púlpito y confesionario, en sus escritos, en sus conversaciones y consejos. ¡Oh si todos fueran así! ¡en el mundo habría menos ignorantes y se rendiría culto a los sabios!

En la Universidad coronó brillantemente sus estudios de Bellas Letras recibiendo la borla doctoral a los 20 años de edad. En Mirabello cosechaba también lauros en la enseñanza; basta recordar que uno de sus discípulos fue Mons. Luis Lasagna, el 2º obispo Salesiano, Apóstol del Uruguay y del Brasil y mártir de las misiones Sndamericanas; de él escribió su profesor una preciosa biografía en un estilo y forma verdaderamente admirables. Concluídos sus estudios filosóficos y teológicos sólo esperaba vencer la resistencia de la autoridad diocesana para ver cumplidos plenamente sus deseos. Superada la obstinación de su párroco ganada la voluntad del Vicario General, faltaba únicamente persuadir al Arzobispo que se oponía a las ordenaciones del clérigo Albera con fútiles pretextos, pero en realidad para ver si lograba vencer la resistencia del candidato y retenerlo en la Arquidiócesis. Pero ni promesas, ni halagos fueron capaces de cambiar los propósitos del joven levita que permanecía inquebrantable en su adhesión a D. Bosco y a su vocación religiosa.

Por fin el mismo Arzobispo Mons. Ricardi le confirió el orden del Subdiaconado el 27 de Marzo de 1868, y el 2 de Septiembre del mismo año fue ordenado sacerdote por Mons. Ferré Obispo de Casal Monferrato.

(1) Ber. Sup. Cant. Serm. XXXVI

III

Señores! por la inocencia de vida y el celo por la gloria de Dios D. Pablo Albera se anticipó al Sacerdocio, pudiendo decirse de él lo que San Gregorio Nacianceno dijo del gran Padre S. Basilio. «Ya era Sacerdote antes de serlo». Ahora con la unción Sacerdotal su misión de sacrificio y santificación principia a delinearse cada vez más. Nadie como él estuvo persuadido de que la dignidad sacerdotal fluye de Jesucristo mismo, es una participación de su Sacerdocio eterno; de ahí que procuró copiar más y más en si la imagen del Representado, para dar gloria a Dios y testimonio del Padre, mientras hacía el bién a las almas confiadas a su cuidado. De Mirabello volvió al Oratorio con el cargo de Prefecto externo y el Fundador apreciando sus dotes no comunes, le nombró muy pronto miembro del Consejo General de la Congregación.

El 21 de Octubre de 1871 D. Bosco lo llama, le da dos compañeros y sin más le envía a fundar el Instituto de S. Vicente de Paúl en Marassi, que al año siguiente fue trasladado a S. Pier de Arena junto a la iglesia de S. Cayetano. Poco a poco el nuevo Director, supo formarse un ambiente favorable y entusiasmar a los genoveses, y en breve todos hablaban con admiración de la gran Casa de Artes y Oficios para niños pobres y huérfanos

En los 10 años que estuvo al frente de esa fundación copió a viva la vida del Oratorio: además de la Sección Profesional, funcionaban las Escuelas elementales y un Colegio de 2ª Enseñanza con un numeroso internado y el Oratorio Festivo; se atendía a la anexa parroquia con varias Asociaciones piadosas, como las Compañías del Smo. Sacramento, de la Inmaculada, de S. Luis y la Archicofradía de María Auxiliadora erigida por la Santa Sede el 5 de Abril de 1870.

En 1881 pasa a Marsella en calidad de Director y poco después es nombrado Inspector o Provincial de las Casas de Francia. Aquí es donde revela mas su espíritu de organización, su actividad múltiple, su sagacidad no común: en el trascurso de pocos años bajo su impulso y dirección de tres llegaron a 20 el número de establecimientos Salesianos en las principales ciudades; y esto precisamente cuando se persigue y clausura muchas instituciones religiosas.

Ah ¡Señores! Para hablar del Inspector Salesiano de Francia debería pintaros la figura moral del mismo D. Bosco, tarea por cierto superior a mis fuerzas.

¡Cuántas veces las multitudes se equivocan en juzgar a las personas y las cosas. Esto sucede cuando dan crédito ciego a oradores de la esquina o a cierta prensa que más que defender la verdad y la justicia se propone comerciar con ella. Pero el juicio de las multitudes es el más atinado y recto cuando se ha ido formando

lentemente mediante la observación de los hechos, por convicción propia. Pues bien, los Franceses al contemplar la bondad y el celo, el amor a la juventud, la santidad, el genio y la capacidad de D. Albera le llamaron «*le petit D. Bosco*» el pequeño D. Bosco, o sea el que mejor reproducía la imagen del Padre.

No os maravilléis, por tanto, si en 1882 es elegido para Director Espiritual de toda la Pía Sociedad Salesiana, cargo que ocupó sin interrupción hasta su exaltación al Rectorado supremo, pues sus hermanos, siempre lo reeligieron en los Capítulos Generales que son verdaderos Parlamentos de la *Congregación más democrática*.

A partir de este tiempo la vida de D. Albera se identifica con la de la Congregación. Si hasta este momento desarrolló una actividad sorprendente para hacer el bien a los extraños, en adelante su caridad y vida se concentra en los propios—para dirigir el espíritu de los Salesianos según las normas que el Fundador dejó como preciosísima herencia a sus hijos. Tarea muy difícil era esta de unificar los sentimientos y plasmar los espíritus según un único ideal: había que moderar a los exagerados, animar a los débiles, cerrar los hatajos y corregir los desvíos; y todo esto exigía prudencia suma y constancia diamantina. Para cumplir su cometido, vedle señores, al Rmo. Sr. D. Albera recorrer todas las casas de Europa, de Túnez, Argelia y Palestina; seguidle después desde 1900 a América donde visita todas las Casas del Continente en una peregrinación que duró tres años.

El celo por la gloria de Dios le urgía, el amor a su Madre la Congregación lo exigía: y arrostra los rigores de las estaciones, la malignidad de los climas, los peligros del mar y de la tierra; en nada estima su vida, ni vacila antes los trabajos y fatigas con tal de cumplir su misión. Podría repetir con el apóstol. *Nihil horum vereor nec facio animam meam pretiosiore[m] quam me dummodo consummem cursum meum et ministerium...*

Como la sabia vital, recorre dando nueva vida y energía a la planta corpulenta que por su desarrollo muy rápido acaso podía, si no secarse del todo, talvez volverse enfermiza y estéril. Pero augurémonos. Señores, que, conservado intacto el depósito de tradiciones y vivo el recuerdo de su Fundador, la Sociedad Salesiana, no obstante su relativa soltura y adaptabilidad a los tiempos, se mantenga una y vigorosa, con sus frondas siempre verdes, ofreciendo sus ramas y su sombra a muchas almas, que es lo único que busca en el mundo. *!Da mihi animas, coetera tolle*, Dadnos las almas llevaos todo lo demás!

El Rmo. P. Albera tiene, pues, el mérito de haber dejado casi en todas las casas como ingerto el espíritu de D. Bosco, asegurando así el porvenir de la Congregación.

Estos viajes aperecen por una parte, como el paso del sembrador, y por otra como la cosecha de afectos, de fama de re-

laciones que en todas partes del mundo le brindan mayores oportunidades de hacer el bien directamente o mediante sus Hermanos en Religión. Y por que pasó haciendo el bien, "*transiit benefaciendo*"; por eso su memoria es bendecida no sólo en las reducciones de salvajes y en los lazaretos de leprosos, sino en las ciudades más populosas y pueblos más remotos.

IV

Justitia tua sicut montes Dei. (1) Sublime como los montes es tu justicia oh Dios, exclamaba el Profeta David. Señores repitamos esas mismas palabras al contemplar al Rmo. P. Albera en la cima del monte del Señor, donde ha sido colocado cual faro luminoso para irradiar al mundo los esplendores de su virtud, señales inequívocas de su acercamiento a Dios, único medio de elevarse a lo infinito.

El 16 de Agosto de 1910 la personalidad de D. Albera se ha cambiado en la del 2º Sucesor de D. Bosco. Fue elevado al Rectorado Supremo por la muerte del Venerando D. Rua, el inmediato Sucesor de D. Bosco que con mano maestra rigió la Congregación por 22 años consecutivos.

Os narraré algunos particulares de su elección.

Reunidos los 73 electores, representantes de todos los Salesianos, distribuídos sobre la faz de la tierra, antes de proceder a la votación escucharon en religioso silencio la lectura de un autógrafo del Papa que exhortaba, (son palabras extuales) «a dar el voto a aquel que juzguen *in Domino* más apto para mantener el verdadero espíritu de la Regla, para animar y dirigir a la perfección a todos los miembros del Religioso Instituto y para hacer prosperar las múltiples obras de caridad y celo a que se han consagrado los Salesianos».

Comienza el primer escrutinio y se sigue el resultado con vivísimo interés. Después de diez minutos se lo interrumpe bruscamente. Se ponen todos de pie y prorrompen en un fragoroso aplauso: D. Albera tenía la mitad más uno de los votos y unánimemente habían querido rendir el primer homenaje al 2º Sucesor de D. Bosco.

El elegido se muestra desconcertado; su sincera humildad no le ha dejado ni siquiera sospechar ese caso. Se levanta para agradecer esa muestra de confianza, pero ahogada su voz por las lágrimas, vuelve a ocupar su asiento. Nuevo aplauso resuena en el salón y se continúa hasta el fin el escrutinio que da al Rmo. P. Albera una gran mayoría.

(1) Salmo 87—v. 16

Exaltatus autem, humiliatus sum et conturbatus (1) Ha sido exaltado, pero en su humildad se encuentra pálido, acongojado y tembloroso; apenas puede exclamar. «Os agradezco por la muestra de confianza y estima que me habeis dado; siento que me tendreis por poco tiempo». Entonces el Rmo. P. Rinaldi toma la palabra y narra conmovido el siguiente episodio:

«En Noviembre de 1877 D. Bosco estaba en la mesa, en el Colegio de Borgo S. Martino, con Monseñor Ferré, Obispo de Casal—Monferrato y varios otros Señores, entre los cuales el joven Felipe Rinaldi. Inesperadamente la conversación recayó sobre D. Albera y las enormes dificultades que había superado para quedarse con D. Bosco. El Obispo pregunta si las había resistido. D. Bosco responde:

—No sólo ha resistido sino que afrontará y vencerá otras y otras *porque será mi segundo*....terminó la frase (D. Rinaldi no lo oyó), y se pasó la mano por la frente añadiendo: «Debe sernos muy útil en lo porvenir.» Años más tarde Rinaldi se hizo Salesiano y meditando sobre la frase de D. Bosco pensó que ese *segundo* no podía significar sino segundo sucesor. A nadie había referido este misterioso diálogo; pero tres meses antes que muriera D. Rua, D. Rinaldi escribió todo y lo puso en un sobre cerrado, por si acaso moría él mismo.

Terminaba la relación con estas palabras: «Ved cumplida ahora la profecía de D. Bosco».

Al oír esto el Superior electo se tranquilizó mucho y fiado en el auxilio de D. Bosco aceptó el cargo.

Señores, en este punto más que nunca siento corta mi inteligencia y profano mi corazón para apreciar en lo justo la vida del Rmo. P. Albera como Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana.

Dignus Dei est hic! Aquí ved la mano de Dios que guía la de sus siervos para obtener los más asombrosos resultados. La misión del 2º Sucesor de D. Bosco ha sido no sólo la de consolidación en los puestos que con rápido avance, bajo la dirección del inolvidable D. Rua, habíanse constituido como centro de operaciones apostólicas. Es cierto que su cuidado especial ha sido entregar a las nuevas generaciones Salesianas el espíritu genuino del Fundador, e íntegro el tesoro de sus tradiciones, antes que desaparecieran, uno después de otro, los primeros y más aventajados discípulos de ese Patriarca incomparable: allí está su mérito más grande. Pero los que aprecian más las estadísticas y números juzguen la competencia del Rmo. P. Albera por las 120 fundaciones realizadas durante los 11 años

(1) Salmo 35—v. 6.

de su gobierno; por el esplendor con que se celebraron los centenarios del nacimiento de D. Bosco a quien el mundo le levantó un grandioso monumento y de la institución de la fiesta de María Auxiladora; por los Congresos internacionales de Ex-Alumnos y de Cooperadores Salesianos; por las Exposiciones Agrícolas, didácticas, de misiones etc. y por tantas otras benemerencias grandes e importantes como son la de haber dado gran impulso a las Misiones de la China, de la India y de otros lugares, etc. etc.

Y al hacer esta incompleta enumeración de sus empresas tengamos presente que los últimos 7 años de su rectorado han sido los más calamitosos para la Europa y el mundo a causa de la Grande Guerra qué, digámoslo en confianza, también para la Congregación Salesiana fue la prueba de fuego. Si Señores la prueba por las enormes dificultades por las que atravesó, no sólo de orden económico y material sino más aún por las que suscitara esa desbandada del personal que a la voz de la Patria se esparció por los campos de muerte de la Europa entonces sanguinaria y cruel. No obstante el Sucesor de D. Bosco, en nombre de la caridad, mitiga muchos dolores, enjuga muchas lágrimas ordenando que los Institutos Salesianos sean abiertos de par en par a los hijos de los combatientes y fundando expresamente Escuelas, Hospicios, Granjas agrícolas para hogar de huérfanos. I aunque jamás buscó la alabanza ni el premio del mundo, varios gobiernos y sociedades le dedicaron las más altas consideraciones en testimonio de agradecimiento profundo.

V

Pero, Señores, la excelsa figura del Rmo. P. Albera es más admirable por los destellos de sobrenatural grandeza que de él se desprenden.

Ha pasado medio siglo desde que fué recibido en la naciente Congregación por el mismo Fundador. En ese lapso de tiempo, con los ejemplos del gran Patriarca y con su esfuerzo constante, en la abnegación de su laboriosa vida, ha venido modelando su espíritu y purificando su alma hasta dejarle bruñida y fulgurante del oro purísimo de la caridad y adornada de perlas preciosísimas, las virtudes, llegando a ser un joyel muy rico de los tesoros divinos, flor muy hermosa del pensil de la Iglesia.

Bastaba oírle en sus sermones y conferencias; basta leer sus numerosas cartas sobre las virtudes cristianas y religiosas para convencerse que el Rmo. P. Albera era profundo en la ciencia de los santos. Parece increíble que una persona de tanta actividad hubiese encontrado tiempo para estudiar los más gran-

des Maestros de la vida espiritual para formarse ese tesoro de doctrina que valorizándolo más aún con oportunísimas enseñanzas de la Sagrada Escritura y de los Doctores de la Iglesia, solía aplicar con maestría y autoridad incontrastable para la dirección de las almas a la perfección cristiana y religiosa.

Pero este Padre amantísimo parece inspirado cuando se dirige a sus hermanos e hijos en religión. Para hacerse oír en el mundo entero, fuera de las circulares mensuales ordinarias, nos regala eventualmente una serie de cartas edificantes para animarnos a cumplir nuestra múltiple misión en favor del prójimo, y para guiarnos mejor a la perfección individual escribe verdaderos tratados de ascética sobre temas tan sugestivos como: *la Disciplina Religiosa, el Espíritu de Piedad, el Espíritu de Fe, la Obediencia* etc. etc., que en el último de sus escritos, *Don Bosco, Modelo del Sacerdote Salesiano*, parece ha querido compendiar para dejarnos como su más preciosa herencia.

Esta nobilísima empresa de santificación propia y de los otros se verifica en silencio, casi sin llamar la atención porque se atiene a modos sencillos y cotidianos: es la santificación del deber y del trabajo por medio de la caridad, como un gran pensador dice de D. Bosco. (1)

Sin embargo esa ascética tan individual se trasluce hasta en su exterior: la dulce serenidad de su mirada, la gravedad de su persona, esa modestia natural, y todo esto unido a un aire de alegría y recojimientto en su rostro, rodeábane de una aureola extraordinaria que, al sólo mirarlo, cada uno pensaba para sí «es un Santo»

Señores no entiendo prevenir el juicio infalible de la Iglesia, al afirmar que tratándolo de cerca se constataba mejor la calidad del concepto en que era tenido.

Si diéramos una mirada retrospectiva a su vida, veríamos fácilmente que de su infancia conservó la inocencia y sencillez. de su juventud, el corazón magnánimo y el fervor; en el resto de su vida, su alma siempre joven se amoldó a todas las virtudes, distinguiéndose en las que pudiéramos llamar flores de santidad: la piedad, la mansedumbre y la bondad.

¡Qué oración la del Rmo. P. Albera! Al pie de Jesús Sacramentado o ante la imagen de María Auxiliadora, celebrando la Santa Misa o rezando el Oficio Divino desbordaba sus afectos calladamente, pero su rostro de cielo indicaba cuan íntima era la unión de su ser con Dios y dejaba entrever las delicias provenientes de ese misterioso contacto de tal manera que bien podía apropiarse las palabras de David *«Mihi autem,*

(1) Alberto Caviglia—D. Bosco. Perfil Storico pag. 15.

adherere Deo bonum est». (1)

La fe fue la lámpara de luz celestial que iluminó todos los pasos de su vida; la esperanza el secreto de alegría y la fuente de fortaleza para emprender las obras más grandiosas siempre que se tratase de la gloria de Dios; la caridad hizo de su corazón una fragua de amor a Dios y al prójimo donde se consumió todo deseo terreno o menos perfecto para quedar solo una llama que debió ir creciendo, hasta acabar con el cuerpo y llegar al cielo llevando en su seno el alma del justo. *¡Charitas nunquam decidet!* la caridad nunca muere. (2)

Antes de dejar su celda para ocupar la mansion preparada en la casa del padre el Venerando D. Rua hizo a sus hijos las siguientes recomendaciones:

«Grande amor a Jesús sacramentado; viva devoción a María Auxiladora; gran respeto, obediencia y afecto a los Pastores de la Iglesia y especialmente al Sumo Pontífice» Los estrechos límites de este discurso me impiden Señores, hablaros del modo como este previo testamento fue cumplido en todos sus puntos por el 2º Sucesor de D. Bosco, y lo mucho que hizo para que todos los salesianos tambien lo cumplieran fielmente.

Más quedaría incompleta y desfigurada su personalidad sino os dijera alguna cosa de su bondad y mansedumbre.

El Profeta Rey pedía al Señor la bondad para disponer su alma a oír mejor sus preceptos: *«In bonitate tua doce me justificationes tuas»*. (3) Del Rmo. P. Albera diríamos que practicó esta virtud como medio para enseñar con más fruto los preceptos escritos del Señor, como medio para insinuarse en las almas y ganar los corazones a Dios. Y es que la bondad es un arma a la que nadie resiste, el único secreto de victoria cuando todos los otros medios han fallado! Con razón el Apóstol llama «hermosos los pasos de aquellos que anuncian la bondad». (4)

Y los pasos que él dió en la vida siguiendo las huellas del Divino Maestro debieron ser y fueron en la mansedumbre y humildad porque los justos son los que mejor comprenden y practican aquella sublime enseñanza encerrada en estas palabras: «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»

(1) Salmo 72. v. 27

(2) S. Pablo ad Corint. XIII—18

(3) Salmo 118

(4) Ad. Rom. Cap. X—15

La mansedumbre cristiana está muy lejos de la afectación mundana que procura ocultar con actos exteriores el torbellino de pasiones que interiormente agitan el alma.

Esa aparente suavidad, esas palabras de simulado afecto si no tienen su origen en la bondad de corazón, fácilmente ceden su lugar a las injusticias y violencias y entonces en vez de virtud es vicio. Mas la mansedumbre del Rmo. P. D. Albera no es otra cosa que la caridad vigorizada con una invencible paciencia para sobrellevar las debilidades de los otros y así conducirlos a Dios que es la caridad misma.

La bondad y mansedumbre ¿podían darle fruto más bello que una paz imperturbable en todas las circunstancias de la vida?—*Iustitia et pax osculatae sunt* (1) La justicia y la santidad triunfantes, plantaron en su corazón la blanca bandera de la paz y a su sombra bienhechora pudo ver tranquilo desvanecerse a sus plantas las tempestades de la vida.

VI

He aquí, señores, en breve y toscas pinceladas, esbozada apenas la figura magna del Rmo, P. Albera, en este día en que sus hijos y admiradores desde esta culta ciudad hemos querido unirnos oficialmente al duelo universal por la muerte de tan preclaro varón.

Como el rayo tempestuoso que turba la diafanidad de los cielos, nos llegó el infausto anuncio, y no sabemos aún los pormenores. Toda su vida fue una preparación continua para las últimas batallas y todo nos persuade que ese ha sido el último triunfo del justo: invocando a María Auxiliadora y a D. Bosco dibujaría una sonrisa en sus labios y plácidamente, al dar un beso al crucifijo, debió desligarse el alma para volar al cielo y allí abismarse en el seno de la grandeza y bondad de su Creador.

«*Ubi est, mors, victoria tua?*» Oh muerte dónde está tu victoria?—Cerrar los ojos a la luz del mundo cuando nunca se buscaron sus grandezas y placeres; dar el adiós a los hermanos y amigos para ir a esperarles en una mansión segura y feliz; entregar a la tierra el cuerpo abatido ya por el trabajo y la mortificación; dejar, en fin, que el espíritu abandone ya la dura cárcel para remontarse hasta el seno de Dios, ¡Ah, eso no es morir!, es el principio de la verdadera vida con la luz de la eternidad en las pupilas.

¡Oh Santa Casa de Turín, o por qué has paralizado tu febril movimiento? Tus soberbios edificios y extensos claustros se ven

(1) Salmo 84 v. 18

presa de la conmoción ¿qué ha pasado? No crugen más los maderos ni rechinan las máquinas en los inmensos talleres; el último hálito del vapor escapándose por la sirena ha lanzado como un gemido agudo; . . . salen los escolares abandonando con precipitación las aulas, y en sus rostro como en los de sus maestros, están grabadas las huellas del más profundo pesar. . . .

Las campanas de la Basílica tocan a muerto. . . . i las mil i más personas del Oratorio Salesiano acuden en tropel a postrarse ante el Sagrario, bajo las compasivas miradas de la imagen de María Auxiliadora, y allí, entre suspiros y lágrimas, se eleva una plegaria para que «brille la luz perpetua al justo» *Lux perpetua luceat ei.*

Imaginaos el espectáculo triste y a la vez imponente del desfile ante sus despojos mortales: los Salesianos e hijas de M. A. lloran a su padre dulcísimo, los niños a su bienhechor insigne, el pueblo de Turín, ciudad hidalga y grande, al 2º sucesor de D. Bosco!

I nosotros! Nosotros conmovidos por el dolor y congregados por la gratitud o admiración nos agrupamos al redor de ese túmulo para depositar en él una corona tejida con las flores de suavísimos recuerdos, rociado con el llanto y fragante de oración que es la única flor cuyo perfume llega al cielo como homenaje de los vivos a los muertos. Si, elevamos nuestra oración ferviente al trono de Dios que encuentra mancha hasta en los ángeles; para que apresure el ingreso de su siervo fiel en el gozo sempiterno. I al salir de este templo llevemos en nuestros corazones el recuerdo del justo: sus virtudes se perpetúen de generación en generación y se cumplirán así las palabras del Divino Oráculo: «la memoria del justo será eterna»

A. D. N. J.





SIEMPRE VIVOS

Ilmo. Mons. Santiago Costamagna

OFICIO TITULAR DE COLONIA

+ en Buenos Aires (Argentina) el 2 de Septiembre

REPRESENTA Y GARANTIZA LA

COMISIÓN EJECUTIVA

1882